

Reflexiones en torno a la Biopolítica y Necropolítica

Normalmente la noción de biopolítica se asocia con Michel Foucault, pero el concepto había sido discutido desde finales del siglo XIX e inicios del siglo XX. El concepto de la vida emerge con el *lebensphilosophie* conceptualizado por Schopenhauer, Nietzsche y Bergson, que atraviesa diversas dimensiones humanas. La biopolítica es una categoría biologicista y evolucionista que fue utilizada para explicar fenómenos políticos, aunque de forma muy conservadora debido a que se daba por supuesto preservar las fronteras de un territorio y dentro de este espacio perpetuar un fenotipo de raza y etnia. El sueco Rudolph Kjellén fue el primero en emplear el término de biopolítica (Lemke, 2011; Esposito, 2008). Kjellén lo concibió inicialmente como interrelación del esquema orgánico y la teoría constitucional del liberalismo. La innovación de Kjellén consistió en articular la noción de libertad individual con la forma de vida orgánica y biológica. La idea de Estado político ya no se definía como un contrato social voluntario. La teoría consensual de Hobbes había partido de la idea de que la naturaleza y la sociedad eran entidades diferentes y opuestas. El Estado era una nueva configuración social en la que la humanidad pasaba del estado de naturaleza –un momento violento y beligerante– a un estado social en el que los individuos racionales neutralizaban el conflicto y hacían acuerdos para fundar el Estado-nación.

Kjellén cuestionó esta concepción, argumentando que la política era la continuación de la naturaleza, en la que las características de la reproducción se manifestaban en el organismo social no como un impulso violento en la sociedad, sino como un mecanismo de supervivencia. Los pensadores posteriores que utilizaron el concepto de biopolítica fueron alemanes más radicales en su enfoque biológico. El barón Jakob von Uexküll, en *Staatsbiologie*, argumentó que ya no era necesario utilizar los términos de la constitución jurídica para entender el Estado-nación; propuso un concepto

organicista del Estado como forma de vida, en el que categorías como la salud y la patología desempeñaban un papel central para determinar lo que era normal o anormal en la sociedad y la política. Hay aquí una convergencia teórica de fisiología, anatomía y política.

Este enfoque biológico contribuyó a las perspectivas totalitarias después de la Primera Guerra Mundial con la idea de que el cuerpo alemán tenía que crear inmunidad a una serie de enfermedades. La enfermedad se concebía como un trauma revolucionario en el que la gente no se adaptaba a las ideas dominantes de las instituciones nacionales. Los sindicatos, la democracia electoral y el derecho a la huelga fueron producidos por “parásitos” o “virus”. Para evitar el posible crecimiento de los parásitos en la sociedad, Uexküll propuso la creación de una especie de “médico del Estado” que restaurara la salud de la sociedad. El inglés Morley Roberts consideró las conexiones entre la biología y la política en términos similares, argumentando que la biopolítica era una forma de reconocer los riesgos potenciales para el cuerpo social, al que respondería produciendo un sistema inmunológico. Roberts fue más allá que Uexküll, utilizando referencias y ejemplos raciales para ilustrar el concepto de repulsión.

Tras la Segunda Guerra Mundial y la derrota de la Alemania nazi, se produjo un cambio y un distanciamiento de la idea anterior de la biopolítica y los regímenes totalitarios. Otra visión de la biopolítica apareció en Francia en la década de 1960. Uno de sus pensadores más importantes fue Aaron Starobinski, autor de *La biopolitique. Essai d'interprétation de l'histoire de l'humanité*. Starobinski trató de utilizar el concepto de biopolítica no como un enfoque biológico y médico del control social, sino como una forma de entender la intersección entre la naturaleza y la humanidad desde una perspectiva histórica. La biopolítica capta las contradicciones de la vida en fuerzas ciegas como la violencia y la tiranía de la voluntad, pero también considera fuerzas espirituales como el amor, la caridad y la verdad. En una línea similar, Edgar Morin utilizó una perspectiva antropológica en *Introduction à une politique de l'homme*, examinando diferentes dimensiones del ser humano para captar la verdadera ontología de la humanidad. Propuso una naturaleza humana no en contradicción y oposición a la naturaleza, sino integrada en ella. Siguiendo a Starobinski y Morin, otros pensadores franceses concibieron la biopolítica como una ciencia que podría integrar el

derecho natural y social, el entorno natural y las concepciones ontológicas del ser humano.

En el mundo anglosajón hubo otra corriente importante en la conceptualización de la biopolítica en la obra de Lynton Caldwell, James C. Davies y Roger Masters, quienes concibieron una noción de “la naturaleza de la política”. Sus esfuerzos encontraron audiencia en las reuniones de 1973 sobre biología y política de la Asociación Internacional de Ciencias Políticas. En 1983 se fundó la Asociación para la Política y las Ciencias de la Vida, que publicó un volumen de colaboración en el que se discutían los conceptos fundacionales de la disciplina. Este enfoque utilizaba conceptos y métodos biológicos de la psicología, la genética, la sociobiología y la etología para examinar el comportamiento político de los individuos y las instituciones.

Sin duda, fue Michel Foucault quien puso de moda el término de biopolítica. El punto de partida del filósofo francés es la práctica concreta del poder. Es así como Michel Foucault analiza el Derecho, el sistema político y los modos de gobernar sin unas teorías sobre el Estado o sobre sociedad civil en el sentido presentado por las teorías políticas clásicas que le respalden. En lugar de orientar su investigación sobre el poder del lado del ejercicio jurídico de la soberanía, del lado del aparato del Estado y del lado de las ideologías que le acompañan, Foucault orienta su análisis del lado de la dominación, del lado de los operadores materiales, del lado de las formas de subjetivación y del lado de los dispositivos del saber. La crítica implantada de la noción de autoridad, de saber y de sujeto, es a la vez su justificación y punto de partida. El poder no es producto de un contrato en el que unos individuos ceden su poder para conformar el Estado. La política sería analizada entonces desde micropoderes que transcurren por todas las relaciones de los individuos y desde una gubernamentalidad. El micropoder funciona en las instituciones y es al mismo tiempo un poder punitivo. La gubernamentalidad tendrá como forma de justificación una economía política. Su estudio del poder, estando al margen de la soberanía y la institución estatal, le permitirá a Foucault llegar a su análisis de las disciplinas y del gobierno de la población como una biopolítica.

Foucault tiene al menos tres definiciones distintas de biopolítica. Primero, Foucault (2001) define a la biopolítica como una nueva forma de política que surge del avance de la ciencia y la tecnología, produciendo al mismo

tiempo mecanismos de control, poder y dominación a través de las instituciones modernas durante el surgimiento de la sociedad capitalista a finales de los siglos XVIII y XIX en Alemania, Francia e Inglaterra. En la *Historia de la sexualidad I: La voluntad de poder*, el pensador francés añadirá que hay un momento previo a la biopolítica, es decir, como anatonopolítica que a través de las disciplinas convierte dóciles los cuerpos y posteriormente como biopolítica en donde llevan a cabo controles regulatorios no sobre los cuerpos individuales, sino sobre la población. Esto condujo al surgimiento de una sociedad disciplinaria, en donde la ley da paso a la norma (Foucault, 1994). La biopolítica es, entonces, la politización de la vida en la población que opera como una sociedad normalizada. La humanidad como especie se vuelve central en el análisis de Foucault (2003), y la noción de biopolítica evoca la intersección del racismo y la sexualidad en forma de una tecnología de poder. Foucault explica que la biopolítica va a tener tres frentes: la higiene pública, la circulación de individuos y la distribución de la población en las ciudades. La primera forma, la higiene pública, tendrá como campo de acción la medicalización de población; la segunda forma buscará la asistencia de los individuos en materia de asistencia social; y la última, el medio donde habita la población. Finalmente, Foucault define a la biopolítica como una forma de gubernamentalidad en la que la biopolítica se concibe dentro de la lógica del neoliberalismo.

Las tres nociones de biopolítica asumen que la forma tradicional de la política, en su teoría de la soberanía, se ha transfigurado. Por eso, desde este nuevo arte de gobernar, la población se articula a los estudios de Foucault sobre gubernamentalidad, alejándose de la idea de soberano. Los aparatos tecnológicos han deslocalizado al poder soberano hasta tal punto que no pertenece a nada y a nadie. No tiene un centro, no pertenece al soberano ni tampoco se ejerce de arriba abajo. Por el contrario, el poder es un dispositivo que opera hacia a todas partes, de un lado para otro y sin un centro. La biopolítica se convierte en un mecanismo que impacta a la población en una lógica de “hacer vivir y dejar morir” más allá de la soberanía.

Giorgio Agamben (1998), en la saga *Homo sacer*, desarrolla el modelo de la biopolítica a partir del análisis arqueológico de figuras caracterizadas por simbolizar en sí mismas la dinámica inclusión-exclusión: el soberano, el estado de excepción, la nuda vida y el *homo sacer*. La integración de estos

conceptos muestra una nueva propuesta frente a la biopolítica foucaultiana, ya que la soberanía no sólo convive en el espacio biopolítico, sino que representa de forma absoluta el paradigma biopolítico de Occidente. Dentro de este esquema, Agamben considera articular la noción del Estado de excepción de Carl Schmitt desde un mecanismo jurídico-escatológico que encuentra en el *homo sacer*, es decir, un proceso que hace de la vida del *bios*, convirtiéndola en la vida sacrificada y desnuda del *zoé* expresada en los campos de concentración del Estado alemán Nazi. Roberto Esposito toma la noción de inmunidad como una forma de equipararla con la biopolítica contemporánea.

Roberto Esposito (2008) parte su reflexión sobre la biopolítica teniendo en cuenta el estudio biopolítico de Foucault y Agamben; sin embargo, busca analíticamente desbloquear el discurso estéril que, según él, tejieron estos autores. Para Esposito, las figuras de la incorporación y la carne son expresiones que articulan a la comunidad que busca la inmunidad. El uso de la categoría de impolítico le lleva a la deconstrucción del léxico político moderno de los términos comunidad e inmunidad, pues el vacío semántico que rodea al concepto de comunidad permite de forma más articulada y compleja comprender y proponer una biopolítica afirmativa en torno a un escenario inclinado a proteger la vida de riesgos a partir de una dinámica de inmunización que la expone a los mismos riesgos. Esposito nos recuerda la importancia de concebir la biopolítica dentro de un ámbito de la comunidad.

El concepto de necropolítica, elaborado por Mbembe (2003), refiere a un mecanismo político poscolonial que destruye las formas de vida en regiones rebasadas por la violencia extrema. La necropolítica, contrario a la biopolítica de Foucault, se fundamenta nuevamente en el principio de soberanía, en el “derecho a matar”, que sumado a los avances tecnológicos de la época moderna ha intensificado la destrucción sistemática e instrumental de los grupos raciales y étnicos. Mbembe considera que una limitación del concepto de biopolítica de Foucault es que no explica cómo opera la política en lugares con una violencia exacerbada como en Palestina y en algunas regiones en África. La necropolítica es una forma agresiva y extrema de violencia con una proliferación de grupos armados polimórficos que pueden estar o no asociados con el Estado. Estos grupos propagan formas extremas de violencia, matan personas con armas y no reciben

castigo de los sistemas legales o judiciales de sus países. Otro aspecto que Mbembe cuestiona de la biopolítica de Foucault, es su inconsistencia histórica al considerar que la racialización del poder se efectúa hasta el siglo XVIII. Mbembe considera que el poder racializado moderno comienza con la colonización europea en África y Asia.

Hoy en día, la noción de biopolítica y necropolítica se sigue trabajando desde distintos enfoques. Con respecto a la biopolítica existen varias tendencias. Por ejemplo, Hardt y Negri (2000) conciben a la biopolítica como la producción de un nuevo estadio del capitalismo. Contrario a Agamben que advierte el origen de la biopolítica con los griegos antiguos; o contra Foucault, que ve el surgimiento de la biopolítica en el siglo XVII, Hardt y Negri consideran que la biopolítica surge en el siglo XX como una expresión de la desaparición de la diferencia entre política y economía en una forma genérica del *Imperio* con su forma característica de soberanía en donde los Estados nacionales pierden influencia para darle paso a las organizaciones multinacionales. Otro enfoque del concepto de biopolítica tiene que ver con el desarrollo de biotecnologías, del conocimiento científico y su intervención en los controles de la vida humana. La ciencia ha modificado la noción de vida como algo plural y diverso. Con los procesos tecnocientíficos, la vida es diseñada y manipulada por los avances de la genética. Esta veta de pensamiento es menos política y se enfoca en la reinención de la naturaleza (Haraway, 1991), con la biosocialidad (Rabinow, 1999) y el *ethos* (Rose, 2007).

Nuestro *dossier* está más enfocado en la realidad latinoamericana tanto teórica como en estudios de caso. La conexión de la biopolítica con la realidad de los países del “sur de América” no es nueva (Canclini, 1989; Castro-Gómez, 1996). También hay una línea de estudio del control biopolítico del cuerpo como fenómeno histórico (García, 2000; López, 1998; Nouzeilles 2000). En los últimos años se ha incrementado la conexión entre la necropolítica y América Latina (Valencia, 2018; Estévez, 2021; Lepe-Carrión *et al.* (2020). Frente a estas nuevas realidades, algunos han propuesto nuevas categorías como *necropolítica corporativa* y como contra poder con la *necropolítica subversiva* (Ohlson, 2022); o también la noción de *mortispolítica* y su contra poder como *miquiztlipolítica* (Frausto, 2021). Este *dossier* es una continuación de la reflexión teórica y de estudios de caso respecto a la biopolítica y a la necropolítica.

Ariadna Estévez presenta el artículo titulado “El necropoder del imperio de la ley: la gestión de la muerte en el primer mundo norteamericano,” en el que plantea el necropoder como la interpretación poscolonial de la biopolítica de Michel Foucault. Para la investigadora, el concepto de necropoder de Mbembe sirve como analizador del primer mundo, pues desde principios legales llevan a la muerte a comunidades y colectivos, ya sea por la nacionalidad, la etnia, la raza, la clase, el género. Lo que no sirve como mercancía debe dársele muerte. La vida resulta una mercancía, transformando así todos los procesos vitales en mercancía, incluyendo dentro de estos procesos a la muerte. Ahora bien, lo que resulta original de este artículo es el sentido necropolítico como los países del primer mundo administran la vida, pues se crea un Estado de Derecho y espacialidad colonial en el seno de dichos países cuando legitiman proyectos de ley, políticas y acciones inmorales pero legales que crean la construcción de una nueva subjetividad: el desechable.

En el artículo titulado “Necropoder, gubernamentalidad y deseo”, Senda Sferco pasa de Foucault y sus análisis sobre biopolítica como “hacer vivir” a los individuos a través de la gestión liberal, biológica y estadística de las poblaciones, a Mbembe y su necropolítica como maximización de la muerte, observando, según la autora, el tipo de gobierno que fue reproduciendo el liberalismo político, económico y financiero. Por lo tanto, la necropolítica se ocuparía de iluminar la otra cara del poder presentado por Foucault. Senda encuentra en el dispositivo de la sexualidad una de las experiencias que permite analizar el biopoder, pues el sujeto moderno está atrapado en el modo de gobierno liberal a la sexualidad, pues el deseo funciona como móvil de estrategia de gobierno; así se habla de “sujetos deseantes”. El sujeto está capturado por una hermenéutica de sí mismo alrededor de su deseo. Y este deseo deviene forma de gubernamentalidad liberal, pues éste es relevante para movilizar, canalizar y usar la gestión competitiva del sujeto. ¿Cómo entender el sujeto de deseo desde la necropolítica expuesta por Mbembe? Desde la idea de “deseo carroñero” que propone la autora, un sujeto tanático que satisface sus impulsos masoquistas o sádicos puede aparecer en el diagrama del poder.

Luz María Lozano Suárez y Sara Alarcón Consuegra, autoras del trabajo “Modelo biopolítico en Giorgio Agamben. La politización de la vida

potencialmente en riesgo de muerte”, realizan una reflexión novedosa que articula la noción de la biopolítica basada en un Estado de excepción y la sociedad del riesgo. La crítica principal a una de las características de la sociedad del riesgo es la noción del Estado soberano, que según los principales autores de la noción del riesgo y la sociedad del riesgo es que el Estado es difuminado con los procesos tecno-científicos de la segunda modernidad. Luz María Lozano explica que, al contrario, podemos ver que el Estado soberano en su lógica de estado de excepción sigue con fuerza. La soberanía política se refiere a un código genético que produce un miedo generalizado, una despolitización de los individuos y una renuncia al Derecho.

Obed Frausto, en el artículo “Mortispolítica y neoliberalismo”, distancian-do la racionalidad neoliberal de la biopolítica, explora la vida y la muerte como categorías que van más allá de las dimensiones económica y política para entenderlas también desde lo social, produciendo una necrosociedad, pues habría que analizar los equilibrios sociales y naturales que aumentan la muerte, perdiendo centralidad en la noción de vida. La vida, según el autor, está en riesgo permanente, por lo que la muerte es posible y real. El humano es presentado por Frausto como un acróbata que vive al límite del peligro, sobreviviendo, y poniendo también a los demás y a la naturaleza en peligro de muerte. El acróbata es presentado como aquel que no teme a la muerte, es el que realiza actos criminales sopesando riesgos en el marco de la lógica capitalista. La necrosociedad se entiende entonces como acumulación de la muerte; pero en su dimensión política, Frausto denomina mortispolítica legal-privilegio y estabilidad mortispolítica —la primera para el caso de Estados Unidos y la segunda para el caso de América Latina— para demostrar la manera legal de instaurar la lógica del “hacer morir, dejar vivir” que presenta Mbembe. De esta forma podría pensarse el neoliberalismo menos en la lógica de gubernamentalidad y más en la de legalidad.

Sebastián Botticelli, en su artículo “La ‘desaparición del hombre’ como transformación epistémico-política: soberanía, disciplina y gobierno de la vida”, frente a la crisis del humanismo moderno que pretende maximizar la vida, retoma la sentencia foucaultiana de *Las palabras y las cosas* sobre “la desaparición del hombre” en sentido biopolítico, pues problematiza las categorías sujeto, soberanía y *episteme* moderna desde las nuevas

individuaciones que surgen a partir de una doble operación; por un lado, los procesos biotecnológicos que buscan la salud y bienestar sin importar el riesgo biogenético; por otro, la lógica de la vida humana desde la capitalización en sentido de la bioeconomía y el biocapital. Botticelli demuestra que las nuevas tecnologías y una nueva semántica de la vida dibujan una perspectiva de lo humano que deja obsoleto el mapa que había sido trazado por la modernidad.

Jordi Riba, en “Retrocracia: notas para una recalificación de la democracia”, explica que es necesario pensar nuevas categorías de la democracia, debido al momento crítico y caótico de la pandemia, de la guerra y los avances de derecha. Riba considera que la democracia debería contener lo salvaje, lo indeterminado e indefinido. Lo humano en sí mismo es un acontecimiento. El acontecimiento no viene de fuera, sino que emerge desde la misma indeterminación humana de forma salvaje. Según Riba, el problema es que con las luchas crecientes que toman la democracia como bandera, el Estado ha transformado sus justificaciones. Esta transformación es lo que llama retrocracia, es decir, un proceso en el que el Estado se ha transmutado; ya no es la concepción *hobsiana* del Estado en la que se legitima con el miedo de los ciudadanos, sino al contrario, el miedo se ha pasado al Estado.

Esto se puede observar en el fenómeno de la pérdida de legitimidad de los ciudadanos que ya no les creen a los políticos, donde es mucho más evidente que el Estado ha abandonado a los ciudadanos de pie y se ha aliado de manera indisputable con los poderes económicos. Otro aspecto de la retrocracia es que mientras que el Estado liberal asumía la verdad como un principio fundamental de la construcción de ciudadanía en el espacio público, la retrocracia asume el *fake* o la post-verdad como principio. Al asumir esto, se han distorsionado las fronteras de la legitimidad del Estado.

Alan Hernández, en su artículo “Disputa por la soberanía. Crimen organizado y defensa comunitaria como gobiernos privados indirectos en México”, explica que es posible observar la necropolítica en el caso mexicano, porque el Estado soberano ha perdido terreno frente al gobierno privado indirecto principalmente en una lucha entre organizaciones criminales y organizaciones de la multitud, como estrategia política frente a la propagación de la violencia en ciertas regiones de México. Aquí todavía hay una disputa por quién ejerce la soberanía por quién debe morir. Los casos referidos son

la Costa-Montaña, en Guerrero; la Meseta Purépecha, en Michoacán; la Tierra Caliente, en Michoacán, y los Altos en Chiapas, donde hay mucha presencia de narcotráfico, pero también hay una defensa organizada de las comunidades que se conoce como policías comunitarias.

Lena Alejandra Brena Ríos explica en su texto “Gubernamentalidad biopolítica en el contexto necropolítico en la ayuda a refugiados y migrantes por parte de las organizaciones basadas en fe y servicios sociales en Estados Unidos y México”, que la biopolítica y la necropolítica se pueden encontrar en conjunto y no son aspectos separados. Con respecto de la biopolítica, nos enseña cómo la gubernamentalidad y el poder pastoral son técnicas de control de voluntades a distancia pero que contienen un vector religioso que se inspira en la protección de personas vulnerables.

Las organizaciones religiosas utilizan sus propios recursos para ayudar a los migrantes. Con respecto a la necropolítica, la migración es una expresión del poder necropolítico debido a que los migrantes se ven forzados a escapar de la violencia de sus lugares de origen. El artículo muestra por medio de las entrevistas cómo las organizaciones de apoyo al migrante están inspiradas por sus convicciones religiosas, que miran al migrante como su prójimo o incluso como si fuesen Jesucristos crucificados modernos. Lo interesante de esta perspectiva biopolítica no es que refiere a la dimensión política, económica, sino que reconoce la importancia de la esfera espiritual y religiosa.

Norman Iván Monroy Cuéllar, Alejandra Araiza Díaz y Flor Carina Vargas Martínez, en el artículo “Colonialidad, masculinidad necropolítica y violencia feminicida: el caso de la Guerra contra el Huachicol en el Valle del Mezquital”, miran el problema en clave decolonial desde la perspectiva teórica de María Lugones, la necropolítica de Mbembe y la implementación de un proyecto de modernidad/colonialidad que conllevan procesos de tecno modernización, racialización y precarización. Además, consideran que se puede ver la continuidad de la necropolítica con el gobierno de Calderón principalmente por la guerra contra el narcotráfico, momento en que se desató la violencia y la muerte en el país. La colonialidad es una matriz que entrecruza con diferentes dimensiones de lo social. Lugones es importante acá porque establece el vínculo entre la colonialidad de poder y género, de manera que es posible cruzarlo con el tema de la raza, la etnia y la orientación sexual. Es por ello que el tema del feminicidio toma importancia. La

violencia de la guerra se extendió a varios niveles y sectores, pero también propagó su matriz de violencia, poder y género.

Desde las intuiciones foucaultianas, la vida biológica aparece bajo la lógica del poder como objeto de su despliegue, y las prácticas gubernamentales contemporáneas se convierten en un marco necesario de análisis. Desde estas intuiciones y sus derivas se han anclado los análisis en este *dossier*, acudiendo obviamente a conceptos de otros autores como Esposito, Agamben, Mbembe, para afirmar o replantear los criterios biopolíticos desde las lógicas contemporáneas que van desde la problematización de conceptos modernos de soberanía, sujeto, cuerpo deseante, hasta conceptualizaciones propias de las lógicas económicas, políticas, sociales y legales de la actualidad latinoamericana frente a otros países del “primer mundo” por sus propias lógicas decoloniales, de criminalidad, de desarraigo y de maximización de la muerte como forma de gobierno.

OBED FRAUSTO GATICA
LUZ MARÍA LOZANO SUÁREZ

Bibliografía

- Agamben, Giorgio. 1998. *Homo Sacer: Sovereign Power and Bare Life*, Stanford University Press.
- Castro-Gómez, Santiago. 1996. *Crítica de la razón latinoamericana*: Puvill Libros.
- Esposito, Roberto. 2008. *Bios. Biopolitics and Philosophy*. Trans. Timothy Campbell. The University of Minnesota.
- Estévez, Ariadna. 2021. *The Necropolitical Production and Management of Forced Migration*: Lexington Press.
- Foucault, Michel. 1994. *Histoire de la sexualité I: La volonté de savoir*, Gallimard.
- Foucault, Michel. 2001. “La naissance de médecine sociale”. *Dits et écrits II* Gallimard.
- Foucault, Michel. 2003. *Society Must Be Defended*. Picador.
- Frausto, Obed. 2021. “Biopolítica y Necropolítica. Formas violentas del Estado neoliberal” en Espinoza Lolas, Ricardo, Jordi Riba, Maite Arraiza

- Zabalegui, Saúl Curto López, Mikel Varela Pequeño. (Coord.) *Derechos, Fronteras, Naciones y Estados*: Terra Ignota.
- García Canclini, Nestor. 1989. *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la Modernidad*. México: Grijalvo.
- García, Raúl. (2000). *Micropolíticas del cuerpo. De la conquista de América a la última dictadura militar*. Argentina: Biblos/Latitud Sur.
- Haraway, Donna. 1991. *Simians, Cyborgs, and Women*. NY: *The Reinvention of Nature*. Routledge.
- Hardt, Michael y Antonio Negri. 2000. *Empire: The New World Order*. Free Association Books.
- Lemke, Thomas. 2011. *Biopolitics. An Advanced Introduction*. Trans. Eric Frederick Trump. New York University Press.
- Lepe-Carrión, Patricio, Luis Martínez Andrade, Luis y Meneses, José Manuel Meneses (coords.) 2020. *Chichitlalhuiliztli, racialización y cacería humana. Ensayos sobre necropolíticas en América Latina*. Chile: Universidad de la Frontera.
- López Sánchez, Oliva. 1998. *Enfermas, mentirosas y temperamentales. La concepción médica del cuerpo femenino durante la segunda mitad del siglo XIX*. México: CEAPAC; Plaza y Valdés.
- Mbembe, Achille. 2011. "Necropolitics". *Public Culture*. Vol. 15, Núm. 1, 11-40.
- Nouzeilles, Gabriela. 2000. *Ficciones somáticas. Naturalismo, nacionalismo y políticas médicas del cuerpo. Argentina 1880-1910*: Beatriz Viterbo.
- Ohlson, Olof Kjell Oscar. 2022. *Mexico's Rebellious. Afterlives Armed Uprisings and Activism in the Narco War*: Lexington Press.
- Rabinow, Paul. 1999. *French DNA: Trouble in Purgatory*. University of Chicago Press.
- Rose, Nikolas. 2007. *The Politics of Life Itself: Biomedicine, Power, and Subjectivity in the Twenty-First Century*. Princeton University Press.
- Valencia, Sayak. 2018. *Gore Capitalism*. Semiotext(e).